

Andrés Rivera Hernández

Lo que nunca te dije

Lo que nunca te dije

Lo que nunca te dije

© 2018, Andrés Rivera Hernández
Todos los derechos reservados.
andrivher@hotmail.com

Cubierta:

© ThinkStock / martinleigh 2015

ISBN: 9781723846144

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización del autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la repografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*A mi Catica,
donde quiera que estés.*

Agradecimientos:

*A todos aquellos
que leyeron el borrador
de **Lo que nunca te dije**
antes de su edición final.*

Nos encontramos en un restaurante recomendado por la crítica gastronómica en la calle 79.

Alicia llega con veinte minutos de retraso.

—¡Lo siento, Gus!

Deja en una silla la cartera y la bufanda de seda que desenreda con destreza de su cuello.

—¡El tráfico es una porquería! —se excusa.

Desde el ventanal se ve la carrera novena atestada de carros y buses que avanzan muy despacio, entre el ruido de pitos y el humo de los tubos de escape.

—¡Estoy ladrando de sed! —me dice.

Llamo al mesero y ella ordena una *Coca Cola* con hielo.

Mientras llega el pedido, Alicia pesca de su cartera un tarro metálico, sellado con plástico.

Durante años, los *Kool Light* fueron su adicción, ahora son las mentas.

Me ofrece una.

Es blanca y tiene puntos verdes incrustados.

—¿Cuánto llevas sin fumar? —le pregunto.

—Ya perdí la cuenta. Unos cuatro años mal contados.

Alicia se acomoda instintivamente en la silla.

Antes usaba pintas juveniles, en su mayoría trapos y telas que hacían de pantalón y blusa. Ahora luce más sobria, por lo general

se viste con sastres de paño.

Hoy lleva una falda gris con el blazer compañero y una camisa blanca que contrasta con su piel bronceada.

Cruza la pierna con gracia y deja entrever un muslo deseable. Despeja con suavidad un mechón de pelo de su frente. Tiñe sus canas prematuras con henna.

Hasta no sentirse dueña y señora de la situación, no me clava la mirada para conversar.

—¿Y ese milagro que esta vez hayas llamado tú? ¡Voy a escribir una raya en la pared! ¡Llevo la cuenta! ¡En diez años, es la primera vez que lo haces!

—¡Exageras, Alice!

—¡Para nada, y tú lo sabes! —afirma.

—¡Ya ves, no dejo de sorprenderte! —me defiendo.

—¡Hoy, hace once años, murió Cecilia! ¡Increíble como pasa el tiempo! —me dice ella.

Mi amiga es el único vínculo viviente con mi hermana. Cada año trato de hacerme el loco con su aniversario de fallecimiento. Siempre es Alicia quien me busca para recordármelo. Si no era posible que nos viéramos en algún restaurante, para almorzar o cenar, porque yo evitaba el encuentro y con ello recuerdos que pretendo ya no hacen parte de mi vida, no faltaba su llamada. Si decidía no contestar, me dejaba una grabación de voz o me enviaba un SMS con emoticones que detesto.

La única excepción a la regla es si me los manda Alicia.

Lo que en otros veo inadecuado, inapropiado, tonto, infantil, no me sucede cuando le aplico la lupa a ella.

En esta ocasión tomé la iniciativa de buscarla para conmemorar el aniversario de fallecimiento de mi hermana y confesarle un secreto que he guardado bajo llave toda mi vida.

Vine decidido a lanzarme al agua de una vez por todas. ¡Espero ser capaz de hacerlo, de no acobardarme, de no arrepentirme cuando esté en el filo del trampolín, de no mearme en los pantalones y huir como un cobarde!

Alicia merece conocer la verdad, es justo que lo sepa, más cuando fue incondicional con mi hermana y lo ha sido conmigo, a pesar de mis desplantes, de mi falta de interés para alimentar nuestra amistad la cual ha sobrevivido gracias a ella.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

Empieza la conversación para ponernos al día y yo la dejo.

Es parte de nuestro ritual y de su naturaleza adaptable que no arriesga el pellejo en campos minados.

Le gusta tomar la iniciativa para sentirse segura.

—¿Qué te puedo decir? ¡Tuve un día pesado! —le contesto—. Un paciente de dieciocho años se suicidó. Me tocó hablar con sus padres. Parece que dejó la medicación sin decirle a nadie.

Según las estadísticas, los suicidios entre los jóvenes van en aumento de forma escandalosa y son el pan de todos los días. El Ministerio de Protección Social nos manda formularios engorrosos para que los diligenciamos cuando las víctimas son pacientes nuestros.

Es la manera institucional de lavarse las manos, de no reconocer el fracaso de los programas preventivos de salud mental, de vaciar el balde de agua sucia en nuestro gremio, de excusar y sepultar la tragedia social con un diagnóstico.

—Te confieso que ya tengo una costra gruesa cuando esto pasa. La parte difícil es hablar con la familia —le explico.

Para ser sincero, y más allá de mi juramento hipocrático, siento alivio y admiración cuando jóvenes, mentalmente desahuciados, tienen el valor de apretar el gatillo para volarse los sesos,

o de caminar sobre el filo de una azotea los escasos cinco centímetros que los separan de la muerte, o de anudarse al cuello una corbata, patear la banca que los sostiene y quedar como péndulos de piel tibia, mecidos por las leyes de la física.

Vivo a diario la impotencia de lidiar con zombies de carne y hueso condenados a vivir sin ninguna esperanza, intoxicados con moléculas químicas de última generación que alimentan hasta rebozar el bolsillo de las farmacéuticas.

Con el tiempo, se convierten en escorias sociales de las que nadie quiere hacerse cargo, ni siquiera sus propias familias.

—No es fácil encarar el dolor de los padres y en muchos casos, reconocer la culpa escrita en sus caras —añado.

—¡No entiendo! ¿Cómo así? —me pregunta.

—Muchos suicidas son hijos no deseados, o sus padres saben que fracasaron como educadores, o sencillamente se sienten culpables por haberles transmitido genéticamente la depresión.

Mientras le explico, constato que el restaurante se llena como por ósmosis.

En la mesa de la entrada reconozco a varios personajes del *jet set* de nuestro Bollywood criollo.

Me es inevitable no torcer el cuello para alimentar el chisme y el morbo.

—¡Te vas a quedar bizco! ¡Sécate las babas! —se burla Alicia.

Mi amiga conoce mi vicio de desnudar a las personas con la mirada.

—Antes me chocaba esta manía tuya de mirar para todos lados, pero ya ves, me acostumbré. ¡Así te quiero, Gus! Además, tengo que admitir que las mujeres están divinas.

¡No se le pasa ni una a mi amiga!

Detallamos el grupo; son cuatro parejas que departen animadamente, las mujeres visten blusas escotadas y pantalones apretados.

—Si tú lo dices... —sonrío.

Otra de las ventajas de la amistad; aceptar al otro como es, no convertirlo en propiedad privada para domesticarlo y generar expectativas que sólo producen frustración.

—¡Contigo soy todo un descarado porque puedo ser yo! —admito—. ¡Gracias por eso!

Levanto mi vaso y brindo.

—¡Mientras no se te vaya la mano está bien! —Alicia sonrío—. ¿Con cuál de las cuatro te quedas?

—Con las cuatro, Alice... —miento.

En realidad, más allá de recrear la vista, de estimular mis sentidos, de aprovechar mi momento de «retinoterapia intensiva», como dice mi oftalmólogo, no me interesa ninguna.

—¿Y tú? ¿Con cuál te quedas? —le sigo el juego.

—No hagas preguntas ociosas, Gus —me contesta.

La siento alegre con nuestro encuentro.

El mesero llega con el pedido.

Apuro el último trago de *gin-tonic* y pido repetición.

—*Happy hour!* —celebro—. ¡El trago sale a mitad de precio hasta las ocho! —le guiño el ojo.

—Apenas son las siete y cuarto, Gus —anota, después de consultar con rapidez su reloj—. ¿Cuántos te has tomado?

—Apenas un par —le contesto.

—¿Viniste en carro?

—No, vine en taxi —la tranquilizo.

Ya no tocamos el tema de mi alcoholismo.

«Eres un caso perdido, estás más enfermo que tus loquitos,

sin tuercas de repuesto», me dijo en una de nuestras discusiones.

Alicia hizo todo lo posible para apartarme del vicio. Fueron esfuerzos vanos de buena samaritana. Después de muchas peleas y reconciliaciones, dejó de recriminarme. Adiós a sus miradas de madre preocupada por el hijo que transita por el mal camino, o a jugar a ser la madre Teresa de Calcuta conmigo.

Mi amiga tiró montones de plata al inodoro en libros de auto ayuda que me regaló y que no me sirvieron de nada. Hasta me inscribió en un curso de hipnosis al cual no asistí.

—¿Cómo fue tu día?

Esta vez me adelanto yo, antes de que ella patee su siguiente pregunta.

—Vengo de un taller de biodescodificación.

Emocionada, me hace un resumen de su nueva pasión.

—Se trata de devolver a la persona, con muchas preguntas, al momento preciso en que vivió su mayor trauma, lo que suele suceder en la infancia. La terapia busca que reviva la situación y se conecte con las emociones que sintió en ese instante. Si lo logra, se abre la posibilidad que reconstruya el episodio, lo resignifique, lo acepte y lo perdone de una vez por todas.

Me gusta el entusiasmo que rezuma por sus poros.

Algo he leído sobre la biodescodificación.

El terapeuta hace de facilitador para que aflore la herida primaria, aquella que dejó un rayón grabado para siempre en el sistema límbico del paciente. Con frecuencia, estos traumas emocionales son transgeneracionales ya que son producto de algún maltrato físico o psicológico por parte de abuelos, bisabuelos o hasta tatarabuelos. Estas experiencias de vida se convierten en una información encriptada en el ADN familiar, como un secreto de Estado, asegurado en cajas fuertes de cobardía y silencio,

inmunes al óxido más no a la verdad de las víctimas, quienes guardan la esperanza de que se haga justicia gracias a algún descendiente capaz de ventilar en público la sarta de mentiras.

—Cuando se identifica que el trauma viene de los antepasados, toca apoyarse con otras terapias; constelación familiar, hipnosis, o hasta regresiones de vidas pasadas —me ilustra Alicia.

Hace una pausa para beber su *Coca Cola*, yo la acompaño con mi *gin-tonic*.

—El curso terminó hoy, lo dictó Mateo Espinel, un cubano genial. Mañana por la noche es el coctel de clausura. Deberías ir conmigo y conocerlo, al fin y al cabo, los sábados no trabajas.

Lo dice de forma casual, como si me hablara de ponerle gasolina al carro, hacer mercado, o tender la cama por la mañana.

En el fondo sé que ella tiene razón, que debería buscar ayuda para aceptar mi pasado y sanar no el rayón, sino la zanja que tengo en mi cerebro.

Igual, sé muy bien que mi trauma tiene que ver con el secreto que he guardado toda mi vida y que va a terminar esta noche si tengo el coraje de hacerlo.

—¡Ay, mi Alice! No pierdes la esperanza. Que constancia la tuya... —sonríó.

Otra de sus batallas perdidas.

A toda costa quiere enrolarme en corrientes alternativas de salud.

Su testarudez fue tanta que logró arrastrarme a dos charlas de sanación pránica y a una conferencia sobre un curso de milagros. Llegué a pasar un fin de semana eterno de yoga y meditación donde los devotos de La Madre y Aurobindo. Comí lechuga y caminé en sandalias y sudadera durante siete días que me parecieron eternos. ¡Hasta que me rebelé a sus pedidos! ¡Sentí que

era más su necesidad de salvarme que la mía de quererme salvar!

Ocasionalmente, me manda miles de *bytes* de monografías y *links* sobre cursos de crecimiento personal que arrastro con el *mouse* a la caneca sin abrir.

—¡Por eso te quiero, Alice...!

Le doy unas palmadas cariñosas en su rodilla derecha.

Le hago un gesto al mesero con la mano para que me traiga otro *gin-tonic*.

Alicia frunce el ceño, pero no me dice nada.

Al contrario, decide acompañar mi velada alcohólica con una copa de Merlot chileno.

Me alegra su elección ya que va a ser una noche larga.

Afuera del restaurante, el tráfico está en su clímax.

Por la ventana que da contra la calle observo mercachifles variopintos que surfean entre el trancón. Como parias, ofrecen películas piratas, paquetes de papas fritas o maní para distraer el hambre, cartillas para preparar recetas de ensaladas en seis pasos, en fin, ponen todo su ingenio al servicio de su supervivencia.

—¡Pues deberías venir conmigo e interesarte por el tema!

Alicia no da su brazo a torcer.

—¡De pronto te funciona más que los químicos que embrutecen a tus pacientes y que, según tú, en muchos casos no sirven para nada!

Mi amiga sonrío de forma encantadora.

En otro momento hubiera sido irónica, dueña de la verdad, así como de una porción de mi vida que se endosó sin pedirme permiso y que me ha devuelto de a poquitos, contra su voluntad.

—Alguna vez te vas a encontrar con un milagro que escape a tu mundillo de neurotransmisores y se burle de tu bien amado hipocampo y de tu venerada amígdala cerebral. Vas a conocer

pacientes curados de esquizofrenia o de cáncer y entonces vas a tener que morderte la lengua. ¡El que no puedas explicar un fenómeno desde la ciencia no significa que éste no exista!

Me gusta cuando se apasiona y me discute. Es como leña seca que aviva el fuego.

—¡Es más! Te debería llevar con un revólver apuntándote en la sien a donde el cubano para que te biodescodifique y desocupe la mano de basura que cargas en tu cabezota.

No quiero darle la razón a mi amiga, así la tenga.

No me atrevo a contarle que, hace una semana, me encontré con una paciente que no veía hacía seis meses.

Leía plácidamente, sentada en una de las mesas del Café Juan Valdez. Justo en el momento en que pasaba por su lado, levantó la mirada y me saludó.

La voy a llamar V.

Estaba radiante, no como cuando fue a consulta. En ese entonces lucía opaca, hablaba con lentitud, tenía la mirada perdida y no paraba de moverse en la silla.

V padecía un insomnio rebelde y unas migrañas de más de un año. Fue al neurólogo, al psicólogo, al endocrinólogo, al otorrinolaringólogo, a todos los ólogos posibles. Ensayó con el ortopedista, quien le formuló quince sesiones de fisioterapia con calor, frío y rayos infrarrojos en la espalda y en el cuello. Su peregrinaje siguió con la odontóloga, quien le fabricó una placa para relajar la articulación de la mandíbula.

Para resumir, después de cien exámenes de laboratorio clínico, resonancia del cerebro, medición de su audición y de su visión, a V le diagnosticaron angustia y depresión por estrés crónico.

Después de todo ese periplo fue que vino a verme, algo

común en estos casos.

Cuando un enfermo se vuelve un chicharrón del que ningún especialista se quiere hacer cargo, queda la posibilidad de la psiquiatría como último recurso. ¡Al fin y al cabo todos en esta tierra estamos un poco locos! ¡O eso parece!

V llegó como un soldado derrotado, con un cartapacio repleto de exámenes debajo del brazo que depositó con desesperanza sobre mi escritorio.

La interrogué minuciosamente.

V llevaba una vida apacible y holgada. Recibía rentas de un local comercial y de un apartamento, herencia de sus padres. Meditaba en las mañanas y hacía talleres de música terapia y danza ritual con una prima, graduada en artes plásticas. V repartía su tiempo entre la capital y una finca en las goteras de la ciudad. Cada seis meses visitaba a los Koguis. Con ellos, desintoxicaba su alma y su cuerpo, y los taitas la protegían con aseguranzas.

V no tenía pareja y no descartaba tener hijos en el futuro. Lucía atractiva a pesar de los efectos devastadores del insomnio. Era espigada, el pelo rizado, ojos café con tintes verdosos, los dientes alineados como las teclas de un piano, su nariz aguileña le añadía personalidad, su cara era simétrica y tenía las manos cuidadas.

V me visitó con regularidad una vez a la semana durante siete meses, sin que mejorara. Al cabo del quinto mes le declaré mi impotencia, preocupado de que me siguiera pagando unos honorarios onerosos.

El día que la vi en el café, leía *El Poder del Ahora*, otro de tantos libros de auto ayuda que detesto.

Estaba hermosa, como una rosa de la floristería Don Eloy.

Inicialmente, pensé que la medicación había funcionado, que

la química de su cerebro se había regulado, que las conversaciones que habíamos sostenido, para analizar y mirar los diferentes dominios de su vida, habían causado una reflexión existencial, traducida en salud mental.

Picado por la curiosidad le pedí permiso para sentarme y conversar.

V me relató, con lujo de detalles, su proceso de curación. Después de ensayar conmigo, acudió a una médica alternativa que le hizo un examen que duró dos horas.

«Me puso un aparato que midió mis circuitos energéticos y la vitalidad de mis órganos, y me diagnosticó una intoxicación con uranio», me explicó. «Es una pandemia del siglo XXI que está afectando a la humanidad y que casi me enloquece», me aseguró.

Escuché incrédulo lo absurdo del cuento, convencido, para mis adentros, de que la supuesta médica se había aprovechado de la situación desesperada de V, así como de su ingenuidad y de su bolsillo.

«La doctora se quedó con un pelo que mandó al departamento de toxicología al hospital de Massachusetts», continuó su relato.

Efectivamente, V tenía muy altos los niveles de uranio, algo insólito, ya que ella no había estado en Chernobyl cuando estallaron los reactores nucleares, ni en Europa para recibir la lluvia ácida producto del desastre, ni en Fukushima cuando el *tsunami* inundó la central nuclear, ni era una agente secreta de la antigua Rusia que le vendía uranio enriquecido a Irán o a Pakistán para desarrollar armas nucleares.

Contra mi voluntad, mi mentalidad cartesiana le dio crédito a la intoxicación, un resultado medido y comprobado por un laboratorio de talla mundial.

«La médica me recetó unas gotas que puso en un aparato para

cargarlas, las tomé con juicio por tres meses sin sentir mejoría», me dijo.

Esto me alegró ya que, en mi concepto, los médicos alternativos son charlatanes, comparables al indio Amazónico.

V se extendió más de lo necesario en su relato sin llegar al meollo del asunto. Fue cuando vino lo increíble de la historia, la que no quiero compartir con Alicia porque me tocaría darle la razón y aceptar que los milagros, por llamarlo de alguna forma, existen.

V no se desanimó con la falta de mejoría sino todo lo contrario. Por su cuenta, se puso a investigar y averiguó que Urano es el planeta de los cambios, de la creatividad en todas sus formas para crear una nueva conciencia espiritual.

«Si la creatividad se reprime, si no se concreta o se expresa, uno se intoxica», me explicó convencida. «Los inventores, los genios locos y los artistas son un buen ejemplo de los arquetipos de Urano, Leonardo da Vinci sería uno de ellos», me resumió.

Para V tuvo todo el sentido del mundo ya que, desde antes de su enfermedad, padecía una creatividad febril que la consumía desde que se levantaba hasta que se acostaba. En su cabeza, imaginó un semillero infinito de ideas de economía sostenible, soñó plataformas cibernéticas revolucionarias para servir a la humanidad, compuso canciones infantiles que no se tomó la molestia de anotar y que luego no pudo recordar.

Su creatividad se triplicaba cuando fumaba marihuana, hábito que abandonó al enfermarse.

Así pues, según V, la migraña y el insomnio aparecieron porque nunca puso su torrente de creatividad al servicio de la humanidad. El maremoto de ideas y proyectos geniales quedó dando vueltas en su cabeza, hasta intoxicarla y subirle los niveles

de uranio en su sangre.

Confiada de que por ahí era la cosa, V consultó a la abuela Margarita.

«Es una anciana sabia de México», me puso al tanto, ante mi gesto de ignorancia.

Bajo la batuta de la anciana, asistió a cinco temazcales en los cuales hizo pagamentos, rezos y cantos sagrados.

Adentro de una choza, construida con palos cubiertos de cobijas de tela, y alumbrada apenas por piedras y brasas hirvientes, y mientras sudaba a chorros, enterró algodones para germinar la tierra con sus ideas, sus canciones y sus sueños. Por otro lado, colgó su semillero de proyectos alternativos en la *web* para que la comunidad cibernética se apropiara e hiciera buen uso de éstos.

V me aseguró que, desde el tercer temazcal, empezó a sentir alivio.

Desde entonces, dormía como un bebé recién nacido y no le dolía la cabeza.

«En todo caso, gracias por todo, doctor Santacruz», me dijo al despedirse.